

Socialismo, peronismo y revolución: nudo político de la nueva izquierda

María Cristina Tortti

Centro de Investigaciones Socio-Históricas
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata-CONICET

Mi intervención no será más que una introducción a los temas de esta Mesa convocada para discutir “las formas y los sentidos de la política y de la militancia”, en los años sesenta y setenta.

Intentaré es revisar, y poner en discusión, algunos de los términos en base a los cuales solemos abordar los temas vinculados al movimiento de protesta social y radicalización política desarrollado en aquellos años.

Entre esos términos, ubico al concepto mismo de *nueva izquierda* (Tortti, 1999, 2006 y 2014), que algunos usamos como “concepto-marco” que nos permite pensar el sentido general de un conjunto de procesos que condujeron a una extendida movilización y que, en el pico de su desarrollo, llegaron a desafiar aspectos importantes del orden social, de las formas habituales de la política y del mismo poder del estado.

Por otra parte, me gustaría traer al debate, algunas cuestiones derivadas de la contigüidad, en el campo de la historia reciente, entre la perspectiva propia de los estudios sociohistóricos y la de los que analizan los procesos de construcción de la memoria.

Finalmente, y aunque éste no sea necesariamente el orden de la exposi-

ción, quisiera hacer una aproximación al mundo conceptual y político de la *nueva izquierda*, a través del “nudo” conformado por la articulación de los términos *socialismo*, *peronismo* y *revolución*, y los variados énfasis puestos en cada uno de ellos por diferentes grupos y en diferentes momentos.

Quien se asome al mundo de los primeros grupos de la *nueva izquierda* –los nacidos con el comienzo mismo de los años sesenta–, se encontrará rápidamente con que sus proyectos giraban en torno de la posibilidad de convertir ese trío de conceptos en una “fórmula” políticamente viable y capaz de vincular a la izquierda con el movimiento de protesta y resistencia de los trabajadores.¹

Pero, como bien sabemos, a lo largo de las dos décadas en cuestión, y luego de ciertas experiencias decepcionantes, algunos grupos de la *nueva izquierda* optaron por privilegiar una apelación netamente “clasista” por sobre aquellas que remitían a la identidad política de la mayor parte de los trabajadores, perspectiva dentro de la cual se desarrollarían.²

Sin embargo, y pese a la importancia adquirida por algunas de esas organizaciones, cuando a principios de los setenta el ciclo se acerca a su clímax político, la corriente principal de la movilización marchará bajo una consigna en la que estarán contenidas las tres ideas antes mencionadas.

Dentro de este muy general panorama, conviene hacer algunas otras distinciones directamente vinculadas con las “formas de la política y la militancia” a lo largo de las dos décadas. En los primeros sesenta, dichas formas estuvieron marcadas por fuertes expectativas de “revolucionarización” del peronismo y por un pensamiento estratégico de tipo insurreccional, centrado en la posibilidad de un alzamiento de masas que podría desatarse como consecuencia del intenso movimiento huelguístico, o por la persistencia de la proscripción política del peronismo.

En cambio, entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, en medio de la ola de protesta que sacudió al país, las “formas de la política y

¹ Casos típicos de esa búsqueda en los primeros años sesenta: la izquierda socialista que dio lugar a la creación del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, Vanguardia Revolucionaria –originada en un grupo escindido del Partido Comunista, y dentro del peronismo los grupos orientados por John W. Cooke, ver Tortti (2009), González Canosa (2011) y Bozza (2014).

² Fueron los casos, entre otros, de Vanguardia Comunista (Celentano, 2014), y del Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (Pozzi, 2004).

la militancia” viraron en buena medida hacia la construcción de compactas “organizaciones de vanguardia”, algunas de carácter político-militar. Dicho fenómeno se registró tanto en grupos provenientes de tradiciones de izquierda como en los insertos –o que se insertaban- en el peronismo.

En ese tránsito hasta ahora poco explorado –y aquí esquemáticamente planteado-, habrá que identificar las formas y los mecanismos a través de los cuales una crecida militancia social -trabajadores, profesionales, maestros, intelectuales, artistas- se fue incorporando a la política radical, muchas veces a partir del contacto con situaciones de injusticia y del rechazo moral que éstas generaban –tal como lo muestran muchos entrevistados cuando hacen la “prehistoria” de su militancia. La identificación de esos procesos, verdaderos puntos de intersección entre lo individual y lo colectivo, constituye sin dudas una de las cruciales –y difíciles- tareas a abordar en el campo de la Historia Reciente.

Además, tal como ha sido mostrado por diferentes autores, otra dificultad que el trabajo en dicho campo plantea es la relacionada con la “cercanía-lejanía” con hechos cuyos efectos perduran en la vida social y en muchas vidas individuales, además de haberse convertido en objeto de intensos debates relativos a la construcción de la memoria.

Por estos y otros motivos, el historiador o el sociólogo necesitan estar prevenidos ante el posible exceso de empatía -empatía “no controlada”- con los actores, o ante el riesgo de una superficial o parcial comprensión de las condiciones históricas en las que éstos actuaron.

Por otra parte, o más bien como parte de lo mismo, el hecho de conocer el curso seguido por los acontecimientos, pone siempre al investigador ante la tentación de ver en cada hecho el anuncio del trágico final. Aquí elijo recordar las palabras de Juan Carlos Torre cuando afirma que una buena historia política es aquella que puede restituir en el relato del pasado la “incertidumbre del futuro”. Es decir, la que puede captar y mostrar los cursos de acción que estaban disponibles y las encrucijadas ante las cuales se encontraban los actores –aunque, como ya se dijo, el autor conozca el final (Pastoriza, 2011).

Lo que al principio llamé el “mundo conceptual y político de la *nueva izquierda*”, o su “proyecto”, tal vez pueda ser pensado como una *respuesta* a la encrucijada en la que se encontraba la sociedad argentina, tras la caída del peronismo. Es decir como la *alternativa* que una parte de la sociedad intentó

construir, frente a lo que se percibía como un “nudo histórico” que las dirigencias establecidas parecían incapaces de desatar. En este punto habría que incluir el *malestar* que comenzaba a instalarse en dos importantes “familias ideológicas”: la de izquierda, impulsada por los debates en el movimiento comunista internacional y por el impacto producido por la Revolución Cubana, y la del mundo católico, potenciada por el Concilio Vaticano II y crisis del modelo de la “cristiandad”.

Para una tarea semejante, la de intentar adentrarnos en el “sentido de la política” y en el “mundo de la *nueva izquierda*”, pienso que resultan iluminadores algunos conceptos y orientaciones generales proporcionados por Pierre Rosanvallon (2003). Según el punto de vista de este autor, para comprender los proyectos, las acciones y los actores de una época, se requiere como primer paso captar cómo ha sido construido el vínculo entre los elementos de la “situación” -“lo objetivo”- y las “formas de su representación” -en el plano del entender, el sentir, el proyectar. En otras palabras, que es necesario encontrar el nexo entre la “cuestión” de la época y las palabras a través de las cuales se la nombra.

De acuerdo con Rosanvallon, sólo así puede accederse a la *racionalidad* de una sociedad (o de una parte de ella), y sólo entonces se vuelve posible analizar hechos y evaluar decisiones. Porque eso que llama *racionalidad* resulta ser un producto complejo que atañe, no sólo a las ideas, sino también a los afectos- pasiones- entusiasmos, a las formas bajo las cuales se remodelan las relaciones sociales -típicamente entre lo privado y lo público-, a las reglas del gusto y la moralidad, a los modos de evaluar el funcionamiento de las instituciones -tanto su eficacia como su legitimidad-, y la capacidad ó el agotamiento de las tradiciones político-culturales para seguir funcionando como dadoras de sentido.

Bajo esa inspiración, quisiera poder decir algo acerca de cómo esta sociedad, o parte de ella, *en su pasado reciente*, intentó construir una *respuesta* a lo que era percibido por todos como *problema*, y por algunos, como expresión de un *orden injusto y anacrónico*.

Una *respuesta rupturista* a un régimen político viciado y excluyente, al desprestigio de las instituciones liberal-democráticas, y también a las propuestas de los partidos tradicionales -incluidos los de izquierda- y a las llamadas tendencias “integracionistas” de la dirigencia peronista.

En esa *situación*, y dado el “clima de época”, para algunos pequeños grupos -dentro y fuera de los partidos-, la idea de que la única salida a la crisis argentina pasaba por retomar o adoptar una concepción “revolucionaria” y “socialista” -pese a las ambigüedades que estas palabras pudieran contener-, pasó a funcionar como *núcleo de sentido*, desde el cual se revisarían trayectorias y se reinterpretarían doctrinas.

El elemento más novedoso aportado por aquellos pequeños grupos iniciales fue la *idea* de que “socialismo” y “peronismo” eran articulables, que por allí pasaba “el camino propio” de la revolución en la Argentina, y que se estaba ante la “oportunidad histórica” de recorrerlo. De ese modo, la vinculación de los tres conceptos, aunque no siempre articulados de manera idéntica, ponía *un principio de alteración*, tanto en el pensamiento tradicional de la izquierda como en el del peronismo.

Claro que a lo largo de casi dos décadas los desarrollos no fueron lineales, ni en la manera de combinar las tres ideas ni en las formas de la política. Para decirlo de manera muy simplificada, si en los sesenta la *nueva izquierda* discutía sobre todo la forma de anudar socialismo con peronismo, en los setenta la cuestión dominante pasó a ser el de la *revolución* y sus *vías*.

El primer momento produjo una relectura del peronismo en términos de movimiento nacional-popular o movimiento de liberación nacional, e interpretó la identidad política y la experiencia de los trabajadores, como una parte ó tramo de un proceso emancipatorio que culminaría en el socialismo.

En ese poco visible mundo de la *nueva izquierda* de los primeros sesenta, se produjeron las operaciones fundamentales que facilitarían, unos años después, la incorporación al peronismo de sectores de clase media e intelectuales, antes hostiles a él.

La reorientación que produjeron en el nivel de la cultura política tendría como algunos de sus efectos la reestructuración del mapa político de la izquierda y de sus elites, el oscurecimiento o la fractura de sus partidos tradicionales, así como la emergencia de una *izquierda peronista* –a través de la cual en gran medida se produjo la politización/radicalización del mundo católico y su particular manera de “traducir” desde su discurso la idea de *socialismo*.

Es cierto que dentro del mundo de la *nueva izquierda*, promediando los sesenta, las dificultades halladas para *revolucionar* al peronismo llevaron a algunos grupos a prescindir de la apelación a la identidad política mayoritaria

de los trabajadores, y a priorizar el dúo *socialismo-revolución*. Desde allí generaron importantes organizaciones políticas y político-militares, y significativas experiencias en el mundo sindical, por caso el “clasismo”.

Pero también es verdad que la organización que alcanzó mayor desarrollo en los setenta fue una de las que fusionó los tres términos *-peronismo-socialismo-revolución-*, ahora bajo una estrategia de lucha armada. Y que desde allí, actuó como principal polo de atracción, no sólo para grupos que portaban definiciones semejantes, sino incluso para con organizaciones y notorios grupos intelectuales de izquierda.

Pese a las diferencias verificables dentro de un movimiento social, político y cultural tan multifacético, la existencia de ciertos rasgos compartidos en las formas y sentidos de la política y la militancia, nos inclinan a otorgarle cierta unidad. *Nueva izquierda*, como “nueva oposición” - en el lenguaje de la época-, es un concepto que puede funcionar como “puerta de entrada” a ese mundo que estamos mencionando, más allá de que la variedad de los actores y cada una de sus etapas, hayan tenido características y desarrollos propios, merecedores de estudios específicos.

El concepto quiere llamar la atención sobre ese *espíritu de escisión* que involucró a buena parte de la sociedad argentina de aquellos años, haciendo muchas veces borrosos los límites entre lucha social y lucha política, entre lo sectorial/reivindicativo y lo político, y entre las formas de la violencia espontánea y las de carácter organizado.

Llama también a discutir con las perspectivas que tienden a reducir la totalidad de un movimiento tan extendido -geográfica y socialmente- a las organizaciones político-militares, y a mirar a todo el movimiento desde la figura del guerrillero. Y llama también a explorar las razones por las cuales el movimiento comenzó a *cerrar políticamente* bastante antes de que fuera destruido por el Terrorismo de Estado.

En tal sentido, me gustaría recordar que el conocimiento y la distancia que nos separa de esa historia que *ya fue*, pueden volver visibles aspectos entonces inadvertidos o minimizados por los actores, ponderar de otra manera la importancia de algunos acontecimientos, y también mostrar los callejones sin salida a los que condujeron ciertas opciones políticas.

De esa manera, al incluir elementos que hacen a las decisiones de los protagonistas, evitaríamos caer en explicaciones puramente *contextualistas*,

lo cual a la vez permitiría registrar *errores y responsabilidades*.

Hacer esto implica alejarse tanto del espíritu apologético como de la cerrada condena, y sobre todo resistirse ante la tentación de proyectar sobre aquel mundo alternativas que hoy son apreciadas, pero que no formaban parte de aquel pasado. Y a la inversa, resistirse a sustituir el análisis por la voz de los actores, justificando sus acciones a partir de los objetivos por ellos invocados.

Volviendo a Rosanvallon, se requiere aplicar un “método empático”: para no ser ni vocero ni juez, el investigador debe tener capacidad para “retomar la cuestión” y “situarse allí”. Es decir, para “ver” y “entender” los cursos de acción que estaban disponibles para los actores, y entonces poder evaluar las opciones que hicieron.

Pero como dije antes, en algunos trabajos se observa una tendencia a enfocarse un tanto unilateralmente sobre el tema de la *violencia política* y las organizaciones armadas desde un ángulo que enfatiza su responsabilidad sobre el desencadenamiento del golpe de estado -y por haber atraído la represión sobre el movimiento social “espontáneo”-, muchas veces sin suficiente sustento empírico

Sin quitar importancia al debate ético-político sobre la *legitimidad o ilegitimidad* de la *violencia política*, ni al referido a su *eficacia* -aunque a veces ambos planos se confunden-, lo que me importa destacar es que muchas veces ese tipo de opiniones pasa a funcionar como marco conceptual, nuevamente, sin el suficiente sustento empírico.

Esto parece deberse, como ha señalado recientemente Enzo Traverso (2011), a que en el campo de los estudios sobre Historia Reciente y Memoria, la imagen de la violencia como “irrupción del Mal” -imagen ligada al Holocausto- suele expandirse a otros campos, por ejemplo, el del estudio de los “movimientos insurgentes” y las “revoluciones fracasadas”, dificultando su explicación.

Esto es visible cuando algunos trabajos acuden a categoría tales “violencia irracional”, “esperanza escatológica” u otras similares. Categorías que, por otra parte, suelen llevar a la acentuación de la dimensión psicológica de los fenómenos, y en muchos casos a obtura la posibilidad de indagar en las condiciones históricas que hicieron posible la violencia política.

En el caso argentino, la simplificación del complejo encadenamiento de

conflictos irresueltos desde 1955, o la invisibilización de buena parte de los actores sindicales, intelectuales, religiosos tras la figura del “guerrero”, suelen quitar densidad al *movimiento de oposición* del cual las organizaciones armadas fueron una parte, aunque sin duda la más osada.

Al no atender, o dejar ocultas la profundidad y la extensión del *movimiento de protesta*, se favorecen las explicaciones que sólo toman en cuenta el influjo ejercido sobre los sectores juveniles por la “ideas revolucionarias”, ideas a partir de las cuales se habría torcido el curso “natural” de la protesta social y política hacia la de la “lógica de la guerra”.

Como ha señalado Isabelle Sommier (2009), la tendencia a encerrar rápidamente a los movimientos sociales y políticos de los sesenta-setenta bajo el rótulo de “terrorismo” tiene como uno de sus efectos producir el ocultamiento de los “mecanismos de la radicalización de la militancia”.

Por eso, en su opinión, siempre es necesario “situar” la violencia política -espacial, temporal y culturalmente-, y hablar de “violencia revolucionaria” cuando de lo que se trata es de movimientos que atacan el poder del Estado desde una ideología de cambio social radical.

En este punto, y sin olvidar el papel que les cupo a las organizaciones político-militares en el aceleramiento del clima de violencia, es necesario interrogarse sobre las razones por las cuales parte significativa de una generación convirtió a las *ideas revolucionarias* en *ideales*, y por qué, en el conjunto de las organizaciones revolucionarias fueron las de carácter armado las que alcanzaron mayor crecimiento.

Tal vez haya que bucear más en el *horizonte de expectativas* y en el tenor de las *experiencias políticas* que precedieron a la decisión de tomar las armas.

Bibliografía mencionada

- Bozza, Juan Alberto (2014), “La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de la proscripción”, en Tortti, María Cristina, Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (e), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución* (e), Prohistoria, Rosario.
- Celentano, Adrián (2014), “Maoísmo y nueva izquierda”, en Tortti, M. C., Chama, M. y Celentano, A. (e), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución* (e), Prohistoria, Rosario.

- González Canosa, Mora (2011), “Modelo para armar. Itinerarios y ámbitos disidentes del Partido Comunista en la formación de uno de los grupos fundadores de las FAR (1960-1967)”, *Izquierdas*.
- Pastoriza, Elisa (2011), “Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre”, *PolHis* 8 (revista electrónica).
- Pozzi, Pablo (2004), *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- Rosanvallon, Pierre (2003), *Por una historia conceptual de lo político*, FCE, Buenos Aires.
- Sommier, Isabelle (2009), *La violencia revolucionaria*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Tortti, María Cristina (1999), “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del GAN”, en Pucciarelli, Alfredo (e), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva izquierda*, Eudeba, Buenos Aires.
- (2006), “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”, *Cuestiones de Sociología* 3, UNLP- Prometeo.
- (2009), *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Prometeo, Buenos Aires
- (2014), “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución”, en Tortti, María Cristina, Chama, Mauricio y Celentano, Adrián (e), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución* (e), Prohistoria, Rosario.
- Traverso, Enzo (2011), *La historia como campo de batalla*, FCE, Buenos Aires.